

HISTORIAS JAPONESAS DE MUERTE Y DESOLACIÓN

El Bosque

Había sido una mañana desapacible en el distrito de Shinjuku, en Tokio. Desde temprano unos nubarrones negros se posaron en el cielo y, desde entonces, no cesaba de llover. La lluvia era intensa, acompañada de unos truenos que asustaban. Los peatones cruzaban el paso de cebra corriendo paraguas en mano. Unos se cobijaban en los portales, otros entraban en los grandes almacenes o en restaurantes aledaños. Todavía no era la hora del almuerzo, pero la climatología adversa siempre adelantaba la hora de apertura de diversos establecimientos. Era un día idóneo para el negocio. La competición era tremenda entre los locales de la zona y un yen hacía la diferencia muchas veces.

Los charcos invadían las aceras, y los coches que circulaban a esa hora causaban pavor salpicando agua y barro a ambos lados de la carretera. El distrito no estaba preparado para los aguaceros. Las llamadas a la policía y a los bomberos se disparaban en estas ocasiones, especialmente en casas antiguas.

Mr. Tanaka observaba desde una ventana la actividad frenética de la calle. El agua golpeaba los cristales de su oficina de una manera rítmica y acompasada. Era el sonido perfecto para relajar el alma y alejarla del bullicio del día a día en el trabajo, pero no era nada fácil en su situación. Llevaba toda una vida dedicado a la empresa tecnológica Miyuno, al igual que su padre. Era el director comercial desde hacía más de treinta años, y esperaba algún día ver recompensada su entrega y dedicación con un ascenso. Los accionistas mayoritarios lo habían convocado a una reunión a las cuatro de la tarde. Se estaban produciendo cambios en el organigrama de la empresa y le habían pedido que asistiera. Tanto esfuerzo y penalidades iban a tener su recompensa.

Después de un almuerzo frugal en la cafetería de la empresa, se refugió en la oficina y preparó el evento. Tenía previstas todas las posibles preguntas y los casos hipotéticos que le pudieran presentar. Pensaba adoptar un tono humilde y reverencial que causara buena impresión a los accionistas que no lo conocían todavía. Sabía que la modestia era el enfoque ideal para no crearse enemigos innecesarios.

Faltaban cinco minutos para las cuatro de la tarde. Su secretaria lo llamó por el interfono, alterada, y le dijo que los accionistas habían llegado y lo esperaban en la sala de reuniones.

La empresa Miyuna se había forjado una importante reputación en el mundo por la calidad de sus productos tecnológicos, que iban desde teléfonos de última gama a robots con casi sentimientos humanos. Tenía alrededor de cinco mil empleados en todo Japón y era una de las empresas más cotizadas en los mercados. Su nombre se asociaba a menudo con dinero, sofisticación y alta calidad. Pero la última crisis internacional de las hipotecas basura había dejado claro a los accionistas que una renovación era ineludible. Había que acoplarse a los nuevos tiempos y que reestructurar el negocio. No se podía continuar solo con la *tradición*. Se habían quedado rezagados en puntos estratégicos y era el momento de dar un impulso nuevo que llevase a la compañía al lugar que durante mucho tiempo ocupó.

Mr. Tanaka arregló el despacho, apagó el ordenador y se miró en un espejo pequeño que había en uno de los rincones de la oficina.

«Ha llegado el momento de mi recompensa», se dijo.

Abrió la puerta de la oficina, miró hacia la derecha; su secretaria Mariko inclinó la cabeza como dándole su bendición. Se dirigió a la sala de conferencias, ese lugar donde otras veces él había dirigido las operaciones: despidos, reprimendas, contrataciones y cierre de miles de tratos. La situación era diferente ahora.

Dos golpes en la puerta, y una voz severa lo animó a entrar. Abrió la puerta e hizo una reverencia a los presentes.

La sala principal de reuniones impresionaba. Una mesa rectangular con seis flamantes sillas a los laterales y una en cada cabecera ocupaba el centro de la habitación. Había una televisión tridimensional a la derecha de la puerta, con un minibar con bebidas para todos los gustos: desde occidente a oriente. Dos cuadros impresionistas de Berthe Morisot ilustraban la pared principal. En la otra, unos impresionantes ventanales de estilo francés daban a la calle; iPads con libretas electrónicas para todos y una copa azul de diseño suizo llena de agua Perrier. Una lámpara italiana fabricada en Murano remataba la habitación.

—Siéntese, Mr. Tanaka, y gracias por atender a nuestra petición. Es de máxima urgencia para la empresa acometer una reestructuración, y usted ha sido imprescindible para esta compañía durante más de treinta años.

El que hablaba era el honorable Kentai. Accionista principal y amigo de toda la vida de Mr. Tanaka. Estudiaron juntos en el Instituto Tecnológico de Tokio y fueron compañeros de andanzas durante varios años. Algunas de ellas embarazosas de contar tanto tiempo después como para ser comprendidas en la sociedad nipona actual.

—Mr. Tanaka, somos amigos desde hace varias décadas —continuó Kentai—. Usted ha sido nuestro director comercial durante mucho tiempo. Desde entonces, hemos cosechado éxitos sin precedentes. Con su esfuerzo, ha llevado esta empresa a cotas inesperadas. Miyuno es un fenómeno internacional. Antes que usted, su padre, el respetable Namiyo Fuminori, consagró su vida al bienestar de nuestros empleados. Sin descanso, a veces sin apoyo, resistió los obstáculos y contrariedades.

»Usted es un ejemplo de lo que una persona respetable tiene que ser en nuestro amado Japón. Pero nuevos tiempos han llegado y tenemos que adaptarnos a ellos. Por desgracia, las fuentes de ingresos de la compañía han bajado. Las acciones han sufrido un retroceso de casi el veinticinco por ciento, y estamos en proceso de despedir a más de dos mil personas tan solo aquí en Tokio. Todos estos indicadores nos han hecho reflexionar. Creo que ha llegado el momento de incorporar las nuevas tendencias.

»Usted ya cuenta con sesenta y tres años. Este grupo de accionistas ha decidido... darle descanso después de tantos años y otorgarle el puesto de adjunto al director. A tal efecto, vamos a contratar los servicios de un joven, el ingeniero Matzuda, de la universidad de Tokio. Es experto en la más sofisticada tecnología, desde el análisis cuántico en computación hasta los sistemas angulares en telefonía. Le agradecemos los servicios prestados durante estos años y le invitamos a que continúe con nosotros en su nuevo puesto. La nueva Japón no perdona. O nos reinventamos o pereceremos.

Mr. Tanaka no daba crédito a lo que oía. Todo este tiempo de trabajo, de fatigas, de no dormir, para nada. Había descuidado a su familia para nada. Había malgastado toda una vida en esta empresa para nada.

Pensó en su padre el día de su funeral. Fue muy duro para él. Después de tantos años de enseñanzas y de compartir mil problemas, un accidente segó su vida en una

carretera maldita. Pero él tenía que seguir su camino, continuar con la empresa y con sus obligaciones. El deber de un buen nipón, supeditar los objetivos individuales al colectivo.

Mr. Tanaka se retiró a su oficina, decepcionado con lo que había escuchado, y con la cara demudada.

—Trabajar al lado de un joven universitario —musitaba para sí.

Después de haberlo sido todo en la compañía, ahora debería ser la niñera del recién llegado. Una injusticia a todas luces. Una deslealtad enorme.

Apretó un botón rojo en el minibar y un vaso de cristal apareció de la nada. Un grifo de plata despachó un chorro de licor pestilente. Hacía muchos años que no lo probaba, pero recordaba el olor y lo amargo que sabía.

Se sentó en el sillón y se acordó de sus padres de nuevo, de sus enseñanzas y consejos. Y del concepto de honor que le inculcaron.

—Un hombre sin su honor no es nada en nuestro país. No existe. Hay códigos morales que se vienen preservando desde la época de los samuráis. La vida no vale la pena vivirla cuando uno ha perdido su respetabilidad —le había dicho su padre en un estado febril—. Recuerda esto: el nombre familiar no puede quedar bajo ningún tipo de deshonra. No hay elección.

Evocó la imagen de su familia, de su mujer Naoki, y de sus hijas Reiko y Akiko. Su presencia, aunque solo fuera en sueños, se hacía insoportable. Era incapaz de confesarles lo que había sucedido. Sería una vergüenza. Perderían su condición social. Tendrían que cambiar de casa, vivir en un vecindario diferente. Ajustarse a un presupuesto nuevo que nada tenía que ver con ellos.

No podía ser. Su vida se desmoronaba delante de él.

Aspiró profundo durante unos segundos y llamó a Mariko. Media hora más tarde, un taxi lo esperaba en la puerta del edificio de la empresa. Se dirigieron a la estación de Shinkuju.

A pesar de haber sido construida en 1885, rezumaba modernidad. Cientos de túneles y entradas. Docenas de escaleras mecánicas. Miles de personas que entraban y salían, sin dirección aparente. Mr. Tanaka se perdió varias veces. Se estaba volviendo

viejo o, quizás, ya no era el mismo. El entorno le podía. Pidió ayuda y, con un poco de suerte, llegó a la taquilla de venta de billetes.

—Señorita, un billete para Okigahashi, por favor.

La vendedora creyó ver a un fantasma cuando oyó esas palabras. Se quedó lívida. Aunque había oído el nombre en numerosas ocasiones, lo tenía asociado a... mejor no pensarlo. Echó un trago de agua de una botella de plástico y continuó con la expedición del billete.

—Tendrá que hacer transbordo y pasar la noche en Kagowuchino, señor —le dijo tartamudeando.

—Eso no es problema, gracias.

Se sentó en un andén de la concurrida estación y esperó al tren durante más de cuarenta minutos. Se entretuvo mirando a la gente, pensando en el pasado y cómo todo se había precipitado de manera repentina. Miraba las caras de los viandantes. Unos tristes, otros sonrientes, pero lo que no podían predecir algunos era que su fin, en algunos casos, a lo mejor estaba próximo. Lo invadía el pesimismo. Tan solo pensamientos negativos venían a su memoria. Imágenes de su pasado reverberaban en su mente con agitación. No podía pararlas. Lo acosaban y no lo dejaban pensar.

—Nooooooooo —gritó compulsivamente.

Su vida se le iba de las manos. No podía pararla y eso lo angustiaba.

Recobró la consciencia y se concentró en la información de la pantalla sobre el horario de los trenes. Una señora mayor que él se sentó en el banco, al lado suyo. La miró fijamente y su cara se transformó en la de su madre. Quería hablarle, pero no la entendía. Sí, era su madre, pero no podían comunicarse. Ella tenía un mensaje, pero era incapaz de descifrarlo.

Miró a la pantalla y vio que el tren se acercaba. Solo estaba a un minuto de la estación. Se levantó, sacudió la cabeza para quitarse los malos pensamientos y se encaminó hacia la entrada al tren. Hizo cola detrás de la línea amarilla y esperó paciente.

El tren llegó puntual. Abrió las puertas, y Mr. Tanaka y los demás viajeros esperaron a que salieran todos. Se adentró en uno de los vagones, que iban casi vacíos. Tomó asiento al lado de unos turistas y miró por la ventana a la gente que se quedaba

despidiendo a familiares o amigos. Era infrecuente encontrar un tren con tan poca gente. El hecho lo sorprendió sobremanera, pero no le dio mayor importancia.

«Quizás es por el destino». Sonrió de manera maligna.

El tren era imponente. Más de cincuenta vagones que cubrían el andén. El del conductor se parecía a la cabina de un moderno Airbus A375. Televisiones en todos los asientos. Baños de lujo. Tres restaurantes de lo más sofisticados. Y personal de servicio atento.

Se cerraron las puertas del tren y se dispuso a acomodarse con los pies encima del asiento de enfrente. Echó el cuerpo hacia atrás y se encomendó a un descanso. Casa tras casa aparecía a su derecha a través de la ventanilla. Todas iguales. Todas desvencijadas. Empezó a notar una especie de mareo con el paisaje que pasaba tan deprisa delante de él. El tintineo del vagón lo ayudó en su tarea y en unos minutos disfrutaba de un sueño ligero. Se despertaba con sobresalto y volvía a hundir la cabeza en la almohada.

Un niño está delante de su casa jugando en un charco. Lo pisa de manera repetida. El agua lo salpica, pero no le importa. Sigue jugando con barro y agua. Lo mezcla y hace unas bolas que tira a las ventanas. Una de ellas se rompe y el niño sonríe con satisfacción. Pasa un gato gris y el niño lo ataca con su munición. El gato se marcha deprisa con un estruendo. Y el muchacho vuelve a reír con regocijo.

Su madre aparece de detrás de la casa. Lleva su delantal y un moño tradicional japonés. Toma al muchacho por la solapa y lo azota con decisión. Lo introduce en casa y lo lleva a un cuarto oscuro. Cierra la puerta con llave y lo deja solo. No es la primera vez. Está acostumbrado.

—Señor, señor...

—Eh, eh, eh, ahhhhhhhhhhh.

Era el revisor. Iba mirando los billetes.

—¿Así que va usted a Okigahashi?

—Sí. ¿Algo que decir?

—Nada, nada —replicó el revisor y se marchó de manera precipitada.

Mr. Tanaka intentó echarse de nuevo en la almohada para conciliar el sueño. Imágenes iban y venían en su mente.

Ta, Ta, Ta, Tana ka Fuminori. Nacido el 8 de abril de 1954 en la isla de Okiwana. Diecinueve años. Hijo de Namiyo y Seiko Fuminori. Estatura, un metro sesenta y cinco centímetros. Cincuenta y cinco kilos de peso. Pelo lacio. Religión budista. No tiene antecedentes... hasta ahora. Se le acusa de alterar el orden público junto con un compañero de universidad. Andaban borrachos en compañía de chicas de la calle Shinshitogu. Se le condena a cincuenta días de trabajo en la comunidad recogiendo basura y a llevar el nombre familiar grabado en su pecho durante tales labores.

—No, no, no.

Mr. Tanaka miró a los turistas. Sus caras reflejaban alegría. Llevaban una cámara. Demasiado jóvenes.

La pantalla de información decía que la ciudad a medio camino de su destino, Kagowuchino, estaba cerca. A unas veinte millas de distancia. Casi nada para un tren de lujo como ese.

Unos minutos más tarde, se bajó del tren y el revisor lo saludó.

Hacía una tarde desapacible. Mr. Tanaka tenía sensaciones contradictorias. El paisaje industrial de la ciudad había dejado paso a un precioso bosque. Aun así, nada parecía consolarlo. Se encaminó hacia la parada de taxis, esperó su turno, se subió a uno y se sentó en el asiento de atrás.

—Hotel Meigetsu. Cuatro Chome Kita, uno Jonishi, Kagowuchino, por favor.

Una música sosegada sonaba en el coche. El conductor no habló durante el trayecto. Su cara hermética mantenía un rictus fantasmagórico. Parecía que el tiempo, el humor personal de Mr. Tanaka y el taxista se había puesto de acuerdo.

Bajó del taxi. Se dirigió a la conserjería y enseñó su teléfono con la reserva que había hecho su secretaria. Le asignaron una habitación y lo acompañaron a los ascensores.

El hotel Meigetsu era de construcción reciente. Unas cien habitaciones de estilo minimalista y triste se asentaban en una manzana sin apenas bares ni restaurantes. Poca gente en la calle. «Y menos aún, ganas de ir a ningún lado», pensó él.

Mr. Tanaka recogió su equipaje, apenas una mochila y una bolsa de grandes almacenes, y se dirigió a su habitación. Dejó todo en una esquina, se desvistió deprisa y

tomó una ducha. Se acomodó en la cama y echó una ojeada a una revista sobre el bosque cercano al que se dirigía. La inquietud lo invadía.

Las horas pasaban y no podía conciliar el sueño. Miles de preguntas sin respuesta se acumulaban en sus pensamientos. Había caído en un pozo oscuro del que pensaba que no saldría nunca. A lo mejor era algo pasajero. En otras ocasiones, le había ocurrido algo parecido y siempre salió adelante. Pero ¿por qué abandonó la ciudad sin avisar a su familia? Hablaría con ellos y les explicaría su proceder. Todo se solucionaría.

A la mañana siguiente, se dirigió a la estación y tomó un tren con destino a Okigahashi. La noche había sido lenta y desgarradora. Apenas había dormido un par de horas. Se subió a un vagón y saludó a las azafatas. Estas le indicaron su ubicación y él se dirigió de manera parsimoniosa. Casi como en un ritual. Algo lo empujaba.

—No eres tú. Asiente y sigue —le decía una voz.

Mr. Tanaka se sentó en el asiento número cuarenta y cinco del vagón trece. Incluyó la cabeza hacia el cristal para descansar y cerró los ojos. El paisaje pasaba delante de sus ojos. Ya no eran casas viejas o parques industriales arruinados como en las afueras de Tokio. Todo era diferente: árboles, pájaros, nubes bajas... y el monte Fuji a lo lejos. El panorama era impresionante. Una especie de paz espiritual dominaba el cuerpo y la mente de Mr. Tanaka. El campo. Cuánto lo había echado de menos. Y ahora regresaba, ¿a despedirse?

Imagen tras imagen, merodeaba por su cabeza. Lo bello se fundía con lo sublime y la maldad engrosaba por momentos. Pensamientos contradictorios. Agradables e insoportables, pero el tiempo apremiaba.

El monte Fuji alumbraba al tren como un faro conduce a un barco a puerto. La ruta era imperturbable. Las vistas se hacían cada vez más grandes y bonitas, se desdibujaban y envalentonaban a medida que se acercaban.

—Viajeros, estación de Okigahashi. Viajeros, estación de Okigahashi.

Okigahashi es una ciudad situada junto a un inmenso bosque, en la base noroeste del monte Fuji, a menos de cien kilómetros de Tokio. Atrae turismo por las majestuosas panorámicas del monte helado y por varias cuevas gigantes de los alrededores. Algunos turistas llaman a la zona de manera simbólica *Mar de melancolía*.

Mr. Tanaka se bajó del tren. Antes había hecho una visita al baño de caballeros para enfundarse un traje gris con una corbata negra que no había llevado desde la muerte de su padre. Tomó un atajo y se dirigió al bosque con paso cadencioso, como cerrando una procesión interna, y reverberando pensamientos desconcertantes. A su derecha, un aparcamiento con tan solo un coche. Parecía que no lo habían lavado en muchas semanas o, a lo mejor, meses. Decenas de multas de tráfico se agolpaban en el parabrisas.

En una esquina a la entrada del bosque, un letrero avisaba a los visitantes en varios idiomas:

—Estimados viajeros, bienvenidos al bosque de Okigahashi. Si están pasando un mal momento, pónganse en contacto con su familia de inmediato. Si necesitan ayuda, por favor, llamen al teléfono que tienen abajo. Si deciden disfrutar del lugar, manténgase siempre en el camino principal. No crucen la cuerda. Puede ser peligroso.

Mr. Tanaka leía con parsimonia. Una lágrima le recorrió la mejilla y se puso a andar camino adentro. Avanzó unos cincuenta metros y se sentó en una piedra.

Se respiraba un aire rancio. Los árboles estaban pegados y las raíces brotaban de la tierra como las patas de una araña. El truculento terreno era desnivelado, rocoso y con innumerables grietas. Se erguía a medida que andaba. La vida silvestre era pobre: escasa vegetación y sin vida animal por ningún lado. Una maldita neblina cubría la zona. Era un lugar macabro y tenebroso. Inspiraba un sentimiento de aislamiento que desconcertaba. El silencio era lúgubre. Podía oír su propia respiración, que se le antojaba como rugidos de león. Había escuchado a un viajero en el tren hablar de *Abismos de vacío*. Ahora estaba seguro de que se refería a este lugar.

Era complicado andar fuera del camino. Las piedras y los hoyos se sucedían, y resbalaba con facilidad. Echó una mirada hacia la derecha y le pareció ver a un animal grande colgado de la rama de un árbol. Apenas se distinguía. La niebla se estaba haciendo más densa y desgarradora.

Volvió al camino principal y se encontró un letrero a su derecha. Alguien había escrito con un rotulador negro «Dios te ama». La densidad de árboles limitaba la entrada de luz. La visibilidad era cada vez exigua y aterradora.

Mr. Tanaka se detuvo junto a un árbol enorme, miró a su alrededor y empezó a poner piedras una encima de la otra de una manera metódica. Tuvo el presentimiento de que alguien lo observaba. El corazón le latía deprisa. Abrió un maletín y sacó la cuerda que había pedido a su secretaria. La pasó por encima de una rama gruesa e hizo un nudo. En el tronco del árbol, fijó una nota que previamente había escrito en el tren, se puso la cuerda alrededor del cuello y se subió en las piedras. Un gemido se apoderó de su boca y estalló a llorar. Las piedras cedieron con el temblor de sus piernas y Mr. Tanaka se quedó colgado del árbol, en agonía. Se oyó un sonido seco a la vez que un olor pestilente invadía el lugar.